



Homilía Te Deum 2022
Obispo de San Bartolomé, padre Sergio Pérez de Arce
Catedral de Chillán

Agradezco la presencia de todos ustedes, autoridades y representantes de diversas instituciones y organismos del Estado y la sociedad. Es un signo de la comunión y la amistad social sobre la cual debemos construir nuestro país, y una expresión del respeto a nuestras tradiciones patrias, entre las que está este solemne Te Deum en el que damos gracias a Dios por sus dones.

La lectura del profeta Amós que hemos escuchado tiene una palabra fuerte de Dios dirigida a su pueblo: “El Señor lo ha jurado... Jamás olvidaré ninguna de sus acciones”. ¿Qué acciones eran esas y quienes las cometían? Eran los líderes y los más ricos del pueblo de Israel, que pisoteaban al pobre y cometían injusticias, haciendo trampas en el comercio y aparentando religiosidad. El texto es duro, pero es una buena noticia, porque nos muestra que Dios no es indiferente ante el sufrimiento de sus hijos y no olvida el maltrato de sus pobres.

Estamos en días de fiesta, y los chilenos expresamos de diversas formas la alegría por nuestra patria, pero no podemos olvidar el sufrimiento y las penurias que viven tantos hermanos. Son sufrimientos y demandas que se manifiestan a través de diversos gritos y voces, y que exigen una escucha atenta de todos nosotros, especialmente de quienes ejercen liderazgos políticos y sociales. Los gritos son muchos y, en algún sentido, van cambiando con el tiempo o adquiriendo diversos matices. No siempre las demandas más urgentes vienen de quienes gritan más fuerte o se expresan con violencia, sea en las calles o en las redes sociales. Es todo un arte de la política aprender a escuchar a los ciudadanos.

En la actualidad hay un grito fuerte, a veces angustioso, que demanda más seguridad y protección para vivir cada día en nuestros hogares y desarrollar nuestras actividades. Todos, posiblemente, tenemos la experiencia de haber sufrido algún robo, sea directamente o de personas cercanas. Casi no hay espacio social que se salve de los robos, como aquella lavandería de Concepción donde trabajan jóvenes con síndrome de down y que sufrió hace días el robo de una camioneta y de otros elementos necesarios para el trabajo; o como múltiples iglesias y capillas en nuestra región, incluido el Monasterio de las Monjas Sacramentinas de Chillán Viejo, donde las religiosas viven en sencillez y dedicadas a la oración. Pero más grave aún es el delito que termina con vidas humanas inocentes, que en cifras de este año alcanza a unos 600 hermanos nuestros muertos en homicidios, más de dos personas por día. Si a esto sumamos la violencia en la Araucanía, Los Ríos y el Bío Bío, el aumento del narcotráfico y el deterioro que sufren algunas grandes ciudades por la violencia

y la anomia, el grito por la paz y la seguridad clama al cielo y golpea nuestra conciencia, para que no nos acostumbremos al deterioro de nuestra convivencia y actuemos con prontitud.

Hay otros gritos que vienen resonando hace tiempo y que siguen demandando una respuesta: aquellos que piden pensiones justas que aseguren un mejor pasar en nuestra vejez; aquellos que exigen un sistema de salud que pueda dar una respuesta más oportuna y solidaria cuando la enfermedad llega; el grito por salarios justos que alcancen a cubrir las necesidades esenciales hasta el fin de mes.

Hay también un grito que se ha escuchado fuerte en los últimos procesos electorarios: el deseo de los chilenos de caminar juntos, en base a grandes acuerdos, nacidos del diálogo y la amistad cívica. Creo que eso es lo que pidió la ciudadanía en el plebiscito de entrada, realizado en octubre de 2020: un marco constitucional común, compartido, que expresara un cierto pacto social en torno a los grandes valores y desafíos que tenemos como país. Y creo que también es lo que se manifestó en el plebiscito de salida, el pasado 4 de septiembre: caminar unidos, recogiendo lo bueno de lo que hemos construido juntos en las últimas décadas y abordando con decisión los ámbitos en los que necesitamos mejorar para una mayor justicia social, sin pretender refundarlo todo y respetando valores fundamentales que compartimos y nos dan identidad. Este es un gran desafío que tenemos en este momento de nuestra historia: dialogar, dialogar y dialogar, llegando a acuerdos que nos permitan emprender y consolidar procesos sociales y políticos que den una respuesta a los retos más urgentes que tenemos como país. Uno de esos retos, aunque no el único, es dotarnos de una Constitución que la mayoría de los ciudadanos podamos sentir como propia y sea un marco eficaz para conducir el desarrollo del país en las próximas décadas.

Permítanme insistir en el criterio de construir la unidad a partir de la diversidad, de edificar nuestra patria integrando las diversas miradas y posturas que tenemos frente a la realidad. En nuestra Iglesia hablamos del “principio católico” para referirnos a esa actitud de unir los polos en vez de separarlos. Por ejemplo, nosotros unimos fe y razón para vivir nuestra vida cristiana, no las separamos. Unimos fe y obras: no es la fe o las obras, la oración o la acción, sino ambas cosas: la fe y las obras, la oración y la acción, ambas dimensiones son necesarias.

En la sociedad necesitamos vivir y profundizar este principio: justicia social y crecimiento económico, no es lo uno o lo otro. Cambio y estabilidad: cuántas cosas necesitan cambiar, pero necesitamos también estabilidad para trabajar y desarrollarnos cada día. Apertura a lo nuevo y respeto por los valores tradicionales, ambas cosas pueden convivir en tensión y armonía.

Chile debe aprender a integrar lo diverso, porque entre nosotros nadie sobra y todos podemos aportar, sobre la base de valores compartidos como la verdad, la justicia, la caridad y la libertad, y sobre el principio fundamental del respeto a la dignidad de la persona humana. Tenemos que integrar Estado y sociedad civil, campo y ciudad, trabajadores y empresarios, varón y mujer, jóvenes y ancianos. Tenemos que integrarnos todos quienes habitamos esta tierra: los pueblos originarios, quienes llegaron después y dieron origen a una nueva raza, los que la habitamos hoy, los inmigrantes que han llegado en los últimos años; integrarnos desde la riqueza de cada cultura, para edificar un proyecto compartido que nos permita heredar un mejor país a quienes vendrán después. Ojalá siempre podamos convivir bien quienes gustan de Intillimani y de los Huasos Quincheros, o para ser más actuales, quienes gustan de Américo y de Marcianeke... Que puedan convivir los hinchas de la U y del Colo, los de izquierda y derecha, los creyentes y los agnósticos

o ateos, de manera que toda polaridad se integre en el encuentro que nos hace reconocernos hermanos y compatriotas, llamados a trabajar unidos por el bien común.

De manera especial, pido que podamos vivir esta integración desde lo diverso en nuestra Región de Ñuble: nuestras autoridades políticas y de las diversas instituciones estatales, municipales y sociales; los partidos políticos; las organizaciones gremiales, sindicales y vecinales; las diversas comunas y localidades. En fin, una integración que nos permita acrecentar la cercanía y el diálogo, conscientes de que somos una Región a escala más humana, llamada a enfrentar en comunión lo que preocupa y necesitan todos los ñublensinos y las ñublensinas.

El evangelio de hoy nos narra la Parábola del administrador astuto o sagaz. Es una curiosa parábola donde Jesús alaba la actitud de un administrador que, viendo que va a perder su trabajo porque lo van a despedir, comienza a arreglar cuentas con los deudores de su patrón, perdonándoles parte importante de la deuda. Así se hace de amigos que lo recibirán en sus casas cuando él esté cesante y pasando necesidad. Lo que se alaba de este administrador no es su actitud deshonesto o su actuar inmoral, sino su capacidad de percibir la difícil situación que estaba viviendo y actuar con astucia o inteligencia tomando buenas decisiones. Este administrador actuó con discernimiento, “atinó”, supo sopesar la situación que estaba viviendo y actuar oportunamente. En el país no queremos ni necesitamos dirigentes corruptos, deshonestos, pero sí administradores astutos que comprendan la gravedad y las urgencias del momento presente, tengan la disposición para buscar las mejores soluciones y la valentía para tomar buenas decisiones. Administradores inteligentes que se pongan al servicio del proyecto de Dios para la humanidad y de un proyecto compartido para nuestra patria, y no solo al servicio de sus propios intereses o de proyectos inmediatistas de corto plazo. Necesitamos políticos y ciudadanos que “como ovejas en medio de lobos, sean astutos como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10, 16).

Pongamos estos anhelos y desafíos en manos de la Virgen del Carmen y con ella cantemos la misericordia de Dios con nuestra patria, amor que se extiende a sus fieles de generación en generación.